

la puerta del cielo. El viento se levantó y los árboles
 —Por qué lloras?
 —Porque te vas a ir; todo lo he olvidado.
 —¿Pero para qué saliste a buscar? ¿No es en un templo
 donde se encuentran las almas de los santos? Considera, esta no
 es una casa de oración, sino un lugar de reposo para los muertos.
 —Adios.
 —Adios, acompañando de sus amigos, salió a la calle.

CUARTA Y ULTIMA PARTE.

EXPIACION.

UN FANTASMA.

Recordarán nuestros lectores que dejamos á Julia en un oscuro y húmedo calabozo del convento de la Concepcion, privada de sentido sobre las frias losas de su mazmorra, despues de pronunciar aquellas palabras dolorosísimas y que eran impotentes para expresar su inaudita desgracia:

¡Gerardo, Julio, adios para siempre!.....

Han trascurrido once años, como no habrán olvidado nuestros lectores: ¡once años! ¿Qué pluma seria capaz de describir en un capítulo solamente, los tormentos físicos y morales de aquella infortunada muger? Por nuestra parte, declaramos con toda humildad, que nos reconocemos incapaces y

que para hacerlo, tendríamos que escribir el doble de lo que hemos escrito. Báseles, pues, á nuestros lectores, saber que Julia era una mómia viviente.

Ni su padre si hubiera vivido y la hubiese visto, ni Gerardo si se la hubieran presentado, la habrían reconocido.

Estaba flaca: su rostro era pálido, amarilloso; los ojos hundidos, sin brillo, sin expresion. La nariz afilada como la de un cadáver: los lábios, vueltos hácia fuera, presentando unos dientes descarnados é incisivos; el pelo, aquel cabello rubio como espigas de oro, le llegaba á los tobillos, sucio y en desórden. Tenia dos canales bajo los ojos de tanto llorar, y un círculo amoratado en derredor. Julia habia llorado mucho; habia elevado tambien á Dios mil plegarias, pero despues de ocho años de llorar, de rezar en silencio unas veces y otras á gritos, se le habian agotado las lágrimas y el sentimiento. Su voz era ronca y como si hablara en una bóveda, así resonaba en su tímpano.

Pero Julia habia cesado de llorar; ya no tenian sus glándulas lagrimales nada que verter: tampoco sufría ya, su corazon nada sentía, su entendimiento estaba embotado.

Dios, en nuestro concepto, hacia algun tiempo que habia perdonado á Julia, pero los hombres nó, y solo cuando cumplió diez años de encierro en aquel oscuro é insalubre calabozo, hasta entónces fué absuelta de su culpa y rehabilitada para poder tomar el hábito.

.....

Era una mañana de invierno nebulosa y fria: la comunidad se habia reunido por órden de la abadesa en una espaciosa sala baja, que tenia grandes ventanas rasgadas que daban para un jardin. La abadesa estaba sentada bajo un dosel.

Todas las monjas, á excepcion de la abadesa y de la madre portera, ignoraban el objeto de aquella reunion que se habia preparado con una especie de lúgubre solemnidad.

La abadesa hizo la señal de la cruz, é hincándose en seguida, invocó el nombre de la Madre del Crucificado, rezando despues una pequeña oracion que era repetida en coro por las monjas arrodilladas.

Concluida que fué la oracion, la abadesa volvió á sentarse, y con tono profundo y de circunstancias, habló á la comunidad de esta manera:

—Mis queridas hijas en Jesucristo, su señoría ilustrísima me ordenó reuniese á la comunidad, con objeto de que deis el abrazo de perdon á una de vuestras hermanas que cometió un gran crimen, pero que lo ha compurgado con diez años de reclusion.

Todas las monjas se miraron sorprendidas, sin saber qué monja era esa de quien nunca habian oido hablar.

La abadesa continuó:

—Hay entre vosotras muchas que conocísteis en otro tiempo á sor Julia del *Corazon de Jesus*.

Escuchóse un murmullo, y algunas exclamaron:

—Sí, sí, aquella hermana que pereció en un incendio ocurrido hace muchos años.

—Sor Julia no murió en el incendio que habeis recordado: sor Julia huyó esa noche, instigada por Satanás, con un seductor sacrílego.

Un estremecimiento simultáneo circuló por toda la comunidad: el estupor estaba retratado en sus rostros.

—Cuatro años despues, fué descubierta por el mayordo-

mo de este convento, siendo él víctima de su celo. Julia fué separada de su amante y del hijo sacrílego que le había dado: juzgada despues, fué sentenciada á diez años de reclusion en este convento, bajo el sigilo mas riguroso: ayer cumplió su término, y hoy la vais á ver.

La abadesa hizo una seña á la madre portera, y esta salió al punto de la sala.

Todas las monjas tenían fijas sus miradas en la puerta.

Media hora despues, la comunidad entera, como si fuese una sola persona, sintió correr por su cuerpo un estremecimiento nervioso, y exhaló un grito unánime de asombro.

Julia, vistiendo el hábito de monja, pero sin la toca, era conducida de la mano por la madre portera.

El cabello casi le arrastraba: su palidez, sus ojos hundidos, su rostro demacrado, sus lábios vueltos hácia fuera dejando ver los dientes descarnados y amarillosos, le daban un aspecto sepulcral. Parecía un fantasma salido de la fosa.

Sus miradas atónticas se fijaban en las monjas con tenacidad.

—Acercaos, dijo la abadesa estremeciéndose á su pesar.

Julia atravesó la sala, dejando horrorizadas á las monjas.

—Hincaos, hija mia, y pedid á Dios misericordia.

Y Julia cayó de rodillas, como hubiera caído un autó-mata.

—Dad gracias á Dios de que os han perdonado y confesad vuestro arrepentimiento.

Con voz hueca, acentuada y lenta, Julia exclamó:

—¡Dios mio, he sufrido mucho, mandadme la muerte!

Al oír aquella voz sepulcral, pidiéndole la muerte á Dios,

las monjas se sintieron sobrecogidas de espanto, y sin esperar una orden de la abadesa, comenzaron á rodear á Julia dándole el abrazo de perdon, y besándola en la frente.

Las monjas, al abrazarla, iban llorando, de suerte que, despues de abrazarla toda la comunidad, le habían dejado sobre los hombros, como una lluvia de rocío, formado por las lágrimas.

Quizá aquellas gotas de ternura pasaron el hábito de la infortunada Julia y llegaron á su corazón vivificándolo, porque despues de inclinar la cabeza sobre el pecho, volvió á levantarla, mostrando á las monjas su rostro inundado de lágrimas.

Una monja de rostro angelical, se le acercó diciéndole:

—¿Por qué llora usted, hermana?

—Porque veo que hay todavía quien me ame en el mundo, puesto que lloran por mí. Y Julia le echó los brazos al cuello á la monja, y se puso á llorar con ternura.

Las monjas, formadas en círculo, lloraban en silencio.

La escena no podía ser mas patética ni mas conmovedora.

—Vamos, enjugad el llanto, hermanita.

—Dejadla que se desahogue, sor Gerónima, dijo la abadesa.

Julia, despues que hubo llorado hasta quedar tranquila, dirigió una mirada en torno suyo, y dijo á la comunidad:

—Herманas mias, la misericordia de Dios es infinita, lo reconozco: una pasión me obligó á cometer un crimen del cual estoy arrepentida. No veais en mí, de hoy en adelante, á la muger pecadora, sino á la muger arrepentida y desgraciada.

Las monjas volvieron á abrazarla, prodigándole mil caricias y palabras consoladoras.

En seguida le cortaron el pelo, le pusieron la toca, y entonando todas la letanía, le llevaron en procesion al coro, para que adorase desde allí al Dios Sacramentado.

Desde ese momento, Julia volvió á su monótona vida de monja, disfrutando de una tranquilidad aparente: mas ¡ay! ¿quién sería capaz de comprender los dolores de aquel corazón?

Los dias felices que disfrutara alguna vez al lado de Gerardo, no era posible que se borrarán de su corazón: aquel amor que la hizo romper su clausura, aquel amor que engendró en su pecho otro amor mas grande y mas sublime, estaba vivo y de pié en su imaginacion, estaba identificado con su existencia.

Un año despues de la escena que queda referida, Julia se habia vuelto loca: su monomanía era hacer canastitas para Julio, sin que lo supiese Gerardo, segun decia ella misma.

Nunca iba á coro, por órden expresa de la superiora. Julia se paseaba por todo el convento, siendo el objeto de las atenciones de las monjas.

—Allí viene la madre canastitas, decia una novicia á otra compañera suya, una tarde en que llovía.

En efecto, Julia se acercaba al corredor á donde estaban las dos interlocutoras.

—Adios, madre, dijo una de ellas.

Julia la miró distraida, y se alejó murmurando:

—Canastitas, canastitas para Julio.

—Pero que no lo sepa Gerardo, dijo la otra novicia.

Julia se volvió bruscamente, y con una cara agradable y en tono de súplica, contestó:

—No, por vida de ustedes, que no lo sepa Gerardo, eh?.....

—Pierda usted cuidado.

—Adios, contestó Julia tranquilizándose, y se alejó diciendo: *Canastitas, canastitas.*

—¡Pobre monjal dijo la novicia.

—Pronto morirá, repuso la otra.

— Fíjate en estas, las Gitanas, presentaban un capullo y un rey.
 — Gerardo tapaba Rosario, esto hacia me lo vez a yo por típe como el otro, tenía que consero abona y vante de copas, son carantón; abona, no cono un consero.
 — Rindete, Rosario.
 — Eso no.
 — ¿Píman copetanas!
 — Algunas sí, algunas no.
 — Las señoras con las señoras.
 — Ya veremos.

ROSARIO Y GERARDO.

Sentados frente á una mesa redonda, que contenia un quinqué con velador, se hallaban Rosario y Gerardo, ocupados en jugar un tute.*

Rosario estaba obesa, la voz era ronca, y en su rostro se observaban restos de una pasada hermesura. Era la misma mujer respecto de ideas y sentimientos que dimos á conocer en otra época.

Gerardo estaba mas obeso que su antigua amante, aunque mas acabado que ella.

La melancólica luz del quinqué alumbraba sus rostros, en los que se leía la atención mas profunda, nacida del interes del juego.

Las apuestas eran de á un real, pues Gerardo y su amada, ni entre sí, dejaban de jugar por interes. El tute, sin ganarse algo de dinero, hubiera perdido el atractivo.

* Juego carteadado de naipes

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
 DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS
 AV. BARRIO DEL PROGRESO 2185, SANTIAGO, CHILE

—*Veinte en bastos*, dijo Gerardo, presentando un caballo y un rey.

—¡Caramba! repuso Rosario, este juego me lo vas á ganar *viejo* como el otro. Veinte que acusaste ahora y veinte de *copas*, son cuarenta; además, no tengo un *trunfo*.

—Ríndete, Rosario.

—Eso no.

—¿Tienes esperanzas?

—Algunas: figúrate que tengo muchas *briscas*.

—Las mataré con mis *trunfos*.

—Ya veremos.

Los dos adversarios siguieron jugando en silencio, hasta que Gerardo volvió á decir:

—*Veinte en espadas*.

—Barájalas, dijo Rosario tirando sus cartas sobre la mesa, y colocando su apuesta en un platito de porcelana que contenía dinero.

Gerardo le dió á *alzar* á Rosario, y en seguida le dió ocho cartas, tomando otras ocho para sí, y diciendo:

—*Espadas son trunfos*.

—Me alegro, ya se habían estacionado los *orós*, y ese triunfo me es fatal.

Comenzó de nuevo el juego, y á las pocas jugadas, salió una sota de bastos.

—La sota de bastos, dijo Rosario con cierta lentitud. ¿Te acuerdas, Gerardo?

—¿De qué?

—Qué poca memoria tienes: ¿ni siquiera por el mes en que estamos lo recuerdas?

Gerardo palideció y repuso:

—¡Vaya que tienes unos recuerdos necios!

—¿Y por qué?

—Porque esa muerte de Arturo nunca la he podido borrar de mi mente.

—*Cuarenta en espadas*, dijo Rosario.

Gerardo, sin hacer caso ya del juego, siguió diciéndolo á su querida:

—¿Para qué me recordaste esa noche? Me he entristecido.

—Qué supersticioso eres!

—Si estuvieras en mi lugar, verías que tengo razon para ponerme triste, cuando recuerdo esa noche. ¿Tú no sientes nada?

—Yo, no; lo que recuerdo es que pasé un miedo espantoso. Figúrate qué aflicción: tú, despues de matarlo, tomaste soleta, pero yo.....

La noche estaba oscura como ahora, hacia frio, como que era el mes en que estamos: Diciembre. Gertrudis me acompañaba: ninguna de las dos queríamos llegar al cuarto ni entrar primero; por último, empujé la puerta, y ví.....

—¿Qué..... preguntó Gerardo, sintiendo que un sudor helado bañaba su frente.

—Cómo qué, ¿tú lo preguntas? Arturo, tendido boca arriba, desfigurado, con una herida profunda en el corazon y en medio de un lago de sangre..... En la mano derecha tenia una sota: esta..... Y Rosario tomó en su mano la sota de bastos.....

Gerardo dió un brinco en su asiento, y miró á su querida con asombro.

—¡Jál jál jál jál! qué cobarde eres; ¡jál jál jál! parece que esta misma sota fué.....

—No te rias, no te rias, y sígueme contando.

—En esto, el aire nos apagó la vela.....

—¡Qué horror!

—Tuvimos tal miedo, que recuerdo que rezamos un *yo pecador*, como en mi vida lo habia yo rezado: qué fervor, hijo! como que el miedo era grande. Vaya un lance..... ¡jál jál jál jál!.....

—No te rias, demonio, no te rias.

—Por último, encendí la luz, le quitamos las alhajas al muerto, y cataplum, al agujero..... Despues me ocupé en recoger mis muebles, mi ropa; en fin, en disponerlo todo para desocupar la casa al siguiente dia; dicho y hecho, en la mitad de su valor vendí todo aquello que me estorbaba, tomé un cuarto en un hotel y cuatro dias despues me marché al interior, llegando á San Luis una señora viuda, que fué el papel que me pareció mas conveniente representar; ademas, no mentia yo, habia un muerto en mi historia, y á él debia yo mi viaje.

Gerardo hacia diez minutos que no escuchaba á Rosario: con el rostro oculto entre las manos, pensaba con horror en su pasada vida, y algunas lágrimas empañaron sus ojos.

Como si estuviera en un cosmorama, Gerardo vió con la imaginacion á Arturo muerto, despues, recordó su noche aquella de terror. Vió aparecérselo en seguida la imagen de Constanza: recordó el cólera, hizo reminiscencia de su episodio del panteon; despues, vió como unas nubes negras, y entre ellas á Julia, á Julia, su único amor..... Asistió á la escena del arresto con su imaginacion; volvió á ver á Rosa-

rio, y por último, se acordó de su padre, y su corazon le decia que pronto lo iba á ver.

Gerardo lloraba en silencio, una voz misteriosa le decia al oido que la hora de la expiacion estaba próxima.

—Gerardo, ¿qué tienes?

—No lo sé, contestó el señor Urrutia retirando el rostro de entre las manos, y dejándole ver á Rosario, que lloraba.

—Vaya que tienes un corazon de paloma: eres el mismo, á pesar de los años..... Qué lástima que no haya en México un convento de cartujos; te vendria muy bien ser de la orden, y acabar tus dias en el claustro.

—¡Ah, Rosario! te burlas de mí..... Si hubieras sentido lo que he experimentado hace un momento: ¡ay! ¿para qué me recordaste aquella noche?..... Todos los actos de mi vida han cruzado veloces por mi imaginacion.

¡Oh, qué recuerdos tan desgarradores! ¿Qué habrá sido de Julia?..... ¿Y Salvador, el hijo de Constanza, mi hijo, á quien perdí de vista desde la muerte del doctor su padrino, qué será de él?

Rosario se encogió de hombros sin contestar nada. Gerardo volvió á hundirse en sus meditaciones.

En medio del silencio que reinaba en la estancia, llamaron á la puerta de la sala.

—¿Quién será? dijo Rosario con extrañeza.

—¡Dios! contestó Gerardo, y agregó: Adelante.

La puerta se abrió, y Nicolás se presentó con el semblante pálido y con cierto aire de solemnidad.

Rosario prorumpió en una estrepitosa carcajada, y le dijo á su amante:

—No sabia yo que Nicolás fuera Dios para tí: que feo es el Sér supremo..... ¡jál jál jál!.....

El viejo Nicolás se llegó á Gerardo y le entregó una carta.

El señor Urrutia la abrió sin poder dominar un temblor convulsivo que habia invadido su cuerpo.

La carta decia lo siguiente:

«Padre mio:

«Hoy á las siete de la noche me bato por un lance de honor.

«Mi adversario es un señor don Salvador Pastrana. Si muero en el acto, te recomiendo á mi amada Susana.

«Adios, ó hasta la vista.

«Tu hijo.

«JULIO.»

—¡Oh, Dios mio! exclamó Gerardo, ya no es tiempo, ¿por qué no me avisaste en el acto, Nicolás?

—¿Qué pasa?

—Mira. Y Gerardo dió á Rosario la carta, esta la leyó, permaneciendo impassible despues de su lectura.

—No es tarde, dijo Nicolás; Gerónimo, que se fué con ellos, me dice que se han detenido en la casa de San Fernando, para levantar el acta del duelo, segun oyó decir.

—Son las siete y media, repuso Gerardo mirando su reloj, no tengo tiempo que perder. Nicolás, mi capa, mi sombrero, y acompáñame.

—¡Jesus! qué alarmado estás, Gerardo, por una simpleza de muchachos.

—¡Simpleza! vaya, Rosario, que tu indiferencia es excesiva. Los que van á batirse son hermanos, son mis hijos, ¿no te estremeces?

—Estoy segura que no se baten.

—¿Eso crees?

—Estoy cierta.

—Pues yo creo lo contrario, y por eso me voy. Adios. Y Gerardo, seguido de Nicolás, salió de la estancia.

Rosario abrió un libro y se puso á leer con perfecta tranquilidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

PREPARATIVOS.

Julio, acompañado de sus dos amigos Perico y Nacho, caminaba de prisa con dirección á la calle de Revillagigedo.

Dos golpes repetidos y fuertes, dados con el aldabon, bastaron al portero para conocer que era Julio el que llegaba á su casa.

El postigo se abrió en el acto, y el sirviente se inclinó con respeto ante el jóven Urrutia, especie de sultan para con los criados.

—¿Está en casa papá?

—No, señor amo, el amo grande está en la casa de la niña Rosario.

—Bien.

Julio, seguido de sus amigos, subió la escalera con precipitación. Gerónimo, su camarista, le esperaba en el corredor.

—Luz en mi cuarto, dijo el jóven algo sofocado por la precipitación con que había subido.

—Está alumbrado, contestó Gerónimo.

CAPITULO AL FONDO DE LA
 HISTORIA DE LA VIDA DE LA
 NIÑA ROSARIO

Los tres jóvenes se dirigieron á la habitacion de Julio. Al entrar, Nacho quedó sorprendido del lujo que allí habia.

—¡Caramba! qué elegancia.

—¿Nunca habias venido al cuarto de *este*? contestó Perico.

—No, repuso Nacho, que todo lo observaba con avidez.

—Siéntense miétras me visto.

—Te vas á vestir?

—Claro! de negro: yo no economizo ninguna circunstancia. El año pasado me batí con esas espadas que están allí, dijo Julio señalando dos magníficas espadas de combate.

—¿Y qué dió por resultado?

—¡Ah! maté al pobre de mi adversario.

Y Julio suspiró.

Lo que el joven Urrutia acababa de contar á sus amigos era mentira, pero aquellos que no poseen alguna virtud, piensan engalanarse con el vicio.

Nacho abrió los ojos con asombro, y creció para él Julio: Perico se sonrió interiormente, porque conocia mejor á Urrutia, pero como para el joven era provechosa la amistad del amante de Susana, exclamó:

—¡Caramba, luego no es la primera zorra que tú desuellas!

—¡Quiah! no señor: y aquel duelo si que fué muy reñido, no como este va á ser.

Nacho estaba contemplando un armario antiguo, todo esculpido y lleno de arabescos.

—¡Qué mueble tan magnífico!

—Son restos del ajuar de mi madre, contestó Julio con afectado desden.

—¿Y qué contiene el armario?

—Laureles conquistados en campañas amorosas, dijo Perico. Que te enseñe Julio.

—Ahí está la llave, déjenme vestir.

Nacho abrió el armario, y Perico tomó uno de los candelabros que contenia tres bujías de esperma, para alumbrarle á su amigo. Julio, entre tanto, tarareaba una cancion á la vez que se vestia.

Nacho hablaba en voz alta, al mismo tiempo que veia los diversos objetos que encerraba el armario.

—Pañuelos, ¡qué elegantes! cintas, adornos de vestidos, trenzas, retratos, paquetes de cartas. ¡Ah!.....

—¿Que te sorprende?

—Estos zapatitos: ¡oh! que pié tendria la dueño.

—Lo tiene, porque esos zapatos son de Emilia, causa de lo que va á suceder ahora.

—¡Un talle de vestido! ¡qué cintura de la dueño! ¿Y esto qué es?

—Descúbrela, dijo Julio sonriendo con fatuidad.

Nacho obedeció, y apareció á su vista un pomo grande conteniendo el feto de un niño.

—¡Cáscaras!

—Ya se casó la que dió á luz ese aborto.

—¡Hola, con que es casada!

—Sí.

Los jóvenes siguieron revisándolo todo y haciendo unos comentarios que suprimimos por respeto á nuestros lectores, lo mismo que la descripcion de otros objetos que allí habia y que no mencionaremos por no faltar al pudor.

—Estoy vestido, exclamó Julio, ya escribí la carta, la caja de las pistolas es esta. Vámonos y allá en la casa de Susana hablaremos y levantaremos el acta.

—¿Se va usted á batir, señor amo? preguntó Gerónimo que habia permanecido callado y observándolo todo.

—Sí: luego que pase media hora, le entregas esa carta á Nicolás, para que se la lleve á papá.

—Está bien, niño.

—Vámonos.

—Déjame ver tus libros, dijo Nacho.

—Otro dia los verás con calma, ahora estamos de prisa.

—Déjame, veré al ménos los títulos de los que hay sobre tu mesa—escritorio. Y Nacho comenzó á leer á media voz: *Diccionario filosófico*, Voltaire.—*El citador*, Pigault-Lebrun.—*Eloisa y Abelardo*.—*Nueva Heloisa*, Juan Jacobo.—*Amistades peligrosas*.—*Lucinda*.....

—Anda, anda pronto.

Nacho dejó de leer con sentimiento los títulos de las obras que lo habian hecho delirar por saber su argumento, y se propuso pedírselas á Julio prestadas en otra ocasion.

Los jóvenes, precedidos de Gerónimo que iba pensativo y cabizbajo, salieron del cuarto para ir á la casa de la querida de Julio.

Casi en el mismo momento en que Julio se vestia y hacia sus preparativos para ir á asesinar á Salvador, este llegaba en compañía de Ernesto á la calle del *Hospicio de San Nicolás*.

Salvador iba locuaz y comunicativo; Ernesto iba triste.

—Qué arrepentido estoy de haberte confiado este negociol dijo Ernesto.

—¿Por qué?

—Porque eres casado, y si te sucediese una desgracia, tu buena esposa nos echaria en cara, y con justicia, nuestra conducta.

—No temas, Ernesto, la justicia está de nuestra parte, Dios ve lo sagrado de nuestra causa, y aunque el duelo está reprobado por las leyes divinas y humanas, en virtud de que no hay otro remedio, el Omnipotente sabrá lo que hace en obsequio nuestro.

El jorobado apretó con efusion la mano de su amigo, é imprimió despues un beso en ella.

—¿Qué es eso, Ernesto!

—Gratitud. Si mueres, te juro que yo me mato.

—No harás tal cosa, te recomiendo á Sofía.

Y á Salvador se le llenaron los ojos de lágrimas.

Los jóvenes habian entrado en la calle en que vivia Ernesto, y no volvieron á hablarse una sola palabra, pero los dos iban dominados por la influencia de un mismo sentimiento.

Subieron la escalera lentamente, y Ernesto llevó á su amigo al cuarto de su hermana: encerrólo con llave, y él se fué en busca de Emilia.

Cuando Salvador se vió solo al frente de una mesa y con útiles de escribir, se conmovió profundamente, y desde el fondo de su alma elevó una plegaria fervorosa á Dios para que lo sacase con bien de aquel lance.

Salvador no era cobarde: habia sido desgraciado, y por lo general, los que han sufrido no temen la muerte. Pero ahora era feliz, estaba unido á su único y primer amor, tenia quince dias de casado: quince dias, ¿lo entendeis bien, lectores? Estaba en el Eden, habia alcanzado en el mundo aque-

lo que es tan difícil de alcanzar: la felicidad. Sofía no tenía á nadie más sobre la tierra que á él: si moría, ¿qué sería de aquella jóven?.....

Salvador llegó á pensar que Sofía podría casarse con otro despues de algun tiempo: recordó con amargura todas las gracias de su esposa, y un sentimiento, mezcla de amor espiritual y de sensualismo, turbó su mente é hizo palpar su corazon..... El jóven lloró, y por un momento pensó en evadirse, pero aquel pensamiento fué desechado en el acto; Salvador sintió que el rubor le quemaba las mejillas, y se dijo en tono de reproche severo:

—¡Valor! ¡que se cumpla mi destino!

Empuñó la pluma, y comenzó á trazar aquello que su corazon le dictaba.

Nosotros nos permitimos leer:

«Sofía:

«Quiera el cielo piadoso que la presente no llegue á tus manos, pues si llegare, será prueba de que he muerto.

«Por defender la honra de una muger hermana de un jóven tan apreciable como desgraciado, tuve que aceptar un duelo con un señor don Julio Urrutia; no habrian llegado las cosas á tal altura, si el infame á quien me refero no me hubiese ofendido con dirigirme un ultraje en que iba mezclado tu nombre. Mi mano cayó sobre su rostro y la satisfaccion por medio de las armas fué forzosa.

«No me hagas inculpaciones, ni me juzgues mal..... No quisiera decirte lo que siento..... estoy llorando..... no te cases con otro..... Mi alma te espera en otro lugar.

«Adios, hasta otra vista.

«SALVADOR.»

Esta carta incoherente, estaba llena de borrones por las lágrimas que sobre ella habian caido.

Salvador enjugó sus ojos, y llamó con la campana.

Ernesto entró en la pieza, diciéndole que Emilia le quería hablar.

—Que entre la señorita tu hermana.

Emilia, con un vestido oscuro, con los ojos llorosos y el pelo suelto, se presentó ante Salvador.

El jóven se inclinó ante ella de la manera mas respetuosa y llena de gracia que imaginarse pueda.

—Señorita, ¿cómo lo pasa usted?

—Mal, señor Pastrana, mal, y por causa de usted.

—¿Por mi causa?

—Sí: voy á explicarme. Usted bondadosamente se ofreció con mi hermano Ernesto á ingerirse en un asunto que solo molestias iba á originarle: agradecí como era debido accion tan generosa y desinteresada, pero nunca me imaginé que este negocio tomara las proporciones á que ha llegado, por desgracia mia; usted va á batirse, y.....

—¡Ernesto! dijo Salvador en tono de reconvencion.

—Me era forzoso referir á mi hermana lo que acontece.

—No me interrumpa usted, voy á concluir.

Si una desgracia, que no es remota, le aconteciera, sería para nosotros una pena cruel que jamas dejaria de martirizarnos: por lo tanto, me opongo formalmente á este duelo, quedando á mi cargo la vindicacion de usted.

Salvador se sonrió tristemente.

—¿No cree usted posible que yo arregle este asunto?

—No, señorita.

—Entonces, qué, ¿insiste usted en batirse?

—Es cosa que ya está aceptada.

—Y si una desgracia.....
 —Tendrá que llorarla mi esposa.
 —Y yo tambien, señor Pastrana, repuso Emilia con emocion.

—Así lo espero, señorita.

—Vamos, no se bata usted, es una locura.

—Lo comprendo, Emilia, pero al loco que no acepta esta monomanía, la sociedad lo apellida cobarde: la palabra es dura, ¿no es cierto?

—¿Pero y si lo mata á usted Julio?.....

—Qué le vamos á hacer, Emilia: Sofía y usted se encargarán de llorarme.

—Lo dice usted con una tranquilidad!

—Es indispensable que me bata, mi indiferencia nace de la justicia que me asiste.

Emilia se puso á llorar, apostrofándose por ser causa de aquel duelo.

—Tranquilícese usted, señorita, Dios me protegerá.

—No, no quiero que vaya usted á esa cita, y voy á impedirlo.

—¡Oh, Emilia! le ruego á usted que no lo intente, son las seis y media y deben estarnos esperando con ansiedad. Vámonos, Ernesto.

—¿Se va usted siempre?

—Es indispensable.

—Pues antes que usted se vaya, Salvador, quiero decirle, aunque me muera de vergüenza, que si no nos volvemos á ver, sepa usted que su muerte no solo herirá el corazón de su esposa, sino tambien el mio.

Desde que le ví á usted, sentí una viva simpatía que mas tarde se trocó en amor..... Adiviné sus nobles sentimientos,

palpitó mi corazón de amor, y si no fuese usted casado y yo fuera digna de usted, seria mi mayor ventura pertenecerle... Soy una perdida, agregó Emilia llorando, en nada padecerá mi reputacion ante la sociedad, cuando esta sepa que le he descubierto mis sentimientos al hombre á quien amo. Adios, júzgueme usted como le plazca.

Y Emilia abandonó la estancia bruscamente.

Salvador habia inclinado la cabeza sobre el pecho y estaba aterrado con aquella revelacion. Hacia ya diez minutos que Emilia se habia ausentado, y el jóven no se movia de un lugar:

—Es tarde, dijo Ernesto.

—Vamos, repuso Salvador,

Y silenciosos y de prisa, tomaron la direccion de San Fernando, luego que estuvieron en la calle.